Título del trabajo: **Psicoanalistas en las Fronteras de la Desigualdad**

**Alice Lewkowicz[[1]](#footnote-1)\***

**Carmem Keidann\***

**Denise Lahude[[2]](#footnote-2)\*\***

**Joyce Goldstein\***

**Magali Fischer\***

**Maria Elisabeth Cimenti[[3]](#footnote-3)\*\*\***

**Rosangela Costa\*\***

**Suzana Fortes\***

**Psicoanalistas en las Fronteras de la Desigualdad**

*“Es también que el extranjero – el ingenuo, dicen, el que aún no está informado – persiste en la curiosidad de su mirada, desplaza su ángulo, vuelve a trabajar el montaje inicial de las palabras y las imágenes y, deshaciendo las certidumbres del lugar, despierta el poder presente en cada cual de volverse extranjero al mapa de los lugares y trayectos generalmente conocido con el nombre de realidad. De este modo, el extranjero desata lo que anudó.”*

Rancière, en Breves viajes al país del Pueblo (1991, p. 9)

Encerramiento y apertura crean un diálogo necesario para el surgimiento de nuevos significados. Tonalidades dialécticas entre el ir y el venir, entre la presencia y la ausencia, entre estar dentro o fuera, dan lugar a coreografías inesperadas, con ritmos mezclados, diferenciaciones, otras percepciones y significados de lo diferente. Las entradas de estas diversidades proporcionan nuevos vínculos con lo social a partir de sustituciones y así ocurre la expansión de lo simbólico. La presencia de lo ajeno asombra, amenaza las relaciones endogámicas propias del encerramiento, pero anima a lecturas, escuchas y construcciones narrativas que complican lo sabido y lo conocido. El extranjero siempre acarrea lo nuevo. Inspira aperturas de canales inusitados en la mediación entre el sujeto y el mundo.

La pandemia nos ha ubicado en un escenario impensable, de radical desarreglo e incertidumbre. Estamos todos en el mismo lugar, encerrados en nuestras casas y asustados, aunque nuestras casas sean tan distintas. Algunos pocos, como nosotros, viven en habitaciones cómodas y seguras. Muchos no disponen de esta condición y, una vez más, se evidencian la injusticia social y la desigualdad. Todos estamos en una especie de soledad atemorizada, pero viviéndola en circunstancias totalmente distintas. Compartimos una sensación de vulnerabilidad; sin embargo, encontramos que para muchos, una vez más, la realidad será más dura.

Este escalón se materializó cuando, impedidos de circular, fuimos llevados a adentrar en la realidad de las personas con las que trabajamos online. Penetramos en ambientes a los que no tendríamos acceso, excepto a través de construcciones imaginarias, no fuera este panorama que nos asaltó. Entonces, surgieron nuevas cuestiones: ¿éramos de hecho capaces de tener una idea de las diferencias entre los ambientes en los que circulamos y los de las personas a las que teníamos en los grupos de trabajo? ¿Nuestros códigos y escenarios familiares nos permitían comprender y conectar profundamente con los de las personas a las que atendemos en los trabajos en territorios ampliados? ¿Teníamos en cuenta la dimensión de la diversidad desigual en la que viven muchas personas?

Un nuevo pensamiento se impuso: debemos detener nuestra mirada, ya no en lo visualizado, sino en lo que nos hace ver o no ver, en las líneas trazadas que (com)parten-dividen-producen-separan-reúnen al mundo y a nosotros mismos.

Somos un grupo de psicoanalistas que trabaja con educadores de niños muy pequeños y con adolescentes y, más recientemente, con sus educadores.

Nuestro contacto con estos sujetos hasta la llegada de la pandemia se daba a través de Ruedas de Conversación, cuando la escucha psicoanalítica ofrecía la oportunidad de creación de espacios para pensarse las ansiedades que brotan de relaciones entre psicoanalistas, educadores, sus alumnos y sus familias. En estos encuentros se hizo evidente la alternancia de momentos de apertura y cierre, ya que la dimensión de los problemas enfrentados producía efectos inquietantes en todo el grupo y muchas veces la conversación “no corría”, provocando rupturas y un sentimiento de desánimo. En los momentos de cierre solo podíamos sentir y pensar en nuestra impotencia, pero muchas veces nos sorprendían los brotes de tolerancia en el habla de algún educador, indicando un rastro de luz que conducía a salidas alternativas. Cuando, entonces, la conversación volvía a “correr” y se hacía evidente la lógica de la esperanza en el trabajo realizado.

La dificultad derivada de los diferentes entornos sociales siempre había sido “eludida” por el espacio. Nuestras reuniones solían tener lugar en la propia sede de la SPPA o en espacios muy bien estructurados, en empresas que participan del programa de profesionalización de adolescentes.

Con la llegada de la pandemia y el cierre de los espacios públicos que facilitan el encuentro de los cuerpos, empezamos a realizar las actividades posibles online.

¿Qué se “desveló” con la salida de sus cuerpos de nuestro campo y la apertura de ventanas, a través de nuestras cámaras y pantallas, hacia el interior de los espacios de vida de estos aparceros?

En muchos momentos se reveló nuestro precario acceso a esta población, pero también el de esta población en relación con nosotros – nuevamente la exclusión. De esta población que se encuentra al margen de la sociedad interconectada por redes sociales. Algunos sujetos están conectados, pero la “conexión” es frágil e inestable. Hay quienes piensan en la abertura de amparo, de cuánto la inclusión digital promovería este encuentro. Pero, ¿existe el deseo de este encuentro? ¿Son los argumentos de la exclusión y la baja calidad de la inclusión digital eufemismos de una especie de sociotropismo negativo? ¿De la sociedad de este lado de acá no (poder/querer) saber de las personas del lado de allá? Por otro lado, la no inclusión podría haber generado el efecto de estímulo para este encuentro, incluso antes de la llegada de la pandemia.

También se descubrieron las posibilidades de articulación con diferentes grupos, antes inaccesibles. Es que la exigencia de desplazamiento hacia estos espacios, desconocidos en nuestro cotidiano, los hacía intransitables para nuestro grupo de psicoanalistas temerosos, y aquí el argumento era la presencia de la “violencia”, que también habita estos espacios.

¿Es posible que nos hagamos presentes en estas distancias, protegidos por pantallas que nos dan la posibilidad de abrir fronteras y conocer realidades aún más lejanas, pero sin penetrar “de cuerpo entero” en ninguna de ellas?

Hubo una reunión de nuestro grupo con una mujer negra que vive en una casa no tan precaria – había sonido de niños gritando y de otros adultos hablando, de la televisión a alto volumen, mientras ella cocinaba frijoles o esperaba invitados para una fiesta, al mismo tiempo que participaba en más de una reunión. Este encuentro con los ruidos visuales y sonoros de su ambiente fue perturbador. Contrastaba con el de los psicoanalistas, sentados en sus cómodas sillas con armarios al fondo llenos de libros.

Parece una presencia/ausencia, la nuestra, más marcada por la ausencia. Para que, ausentes, nos hagamos presentes, es necesario que estemos allá – para sentir los olores, escuchar los sonidos brotando de sus fuentes, ver los recintos mesclados, sin puertas que los definan según las actividades que se desarrollan en ellos. Y en estas casas de personas marcadas por el desamparo, la carencia, privaciones, pérdidas familiares, necesidades concretas de todo tipo, ¿qué presencia podemos marcar en este momento de pandemia, donde la distancia es la marca? Podemos acogerlos con nuestro trabajo, en este momento, pero también nos estamos protegiendo de estas realidades devastadoras. Abrimos territorios y al mismo tiempo los cerramos. No hace mucho un adolescente, residente de una favela, decía: “Me gustaría que vinieras aquí a pasar la Nochevieja con nosotros para ver qué son los verdaderos fuegos artificiales: aquí es tiro, bala, es fuego por todas partes en la fiesta de Año Nuevo. Para saber qué es, hay que vivir, si no queda solo en la imaginación, y le garantizo, con el debido respeto, que la imaginación no tiene nada que ver con la realidad. La realidad aquí es muy dura”.

Siguiendo proyectos sociales online o realizando Ruedas de Conversación con educadores, participamos como testigos de los anhelos, luchas y resistencias de individuos que, a pesar de la real vulnerabilidad social y desamparo, crean narrativas creativas que nos impactan y transforman por la fuerza y vitalidad.

Percibimos, en estas experiencias que estamos presenciando, algo traumático y poderoso que necesita ser visto y validado.

Al narrar nuestras experiencias, pensamientos o planes, estamos en contacto con nuestra vitalidad, lo que nos permite recuperar nuestra determinación para enfrentar la adversidad y tener esperanza de superar los obstáculos.

Son vivencias en territorios conocidos, pero negados, que reverberan en nuestro íntimo, requiriendo una metabolización y transformación interna y externa en términos de políticas públicas más justas.

Rancière se refiere a la cuestión de la ocupación de espacios otros, situándonos en las escenas y, con nosotros, a innumerables personajes que afirman la igualdad de “cualquier persona con cualquier persona”. En esta actualización igualitaria, también nos despegamos de los lugares habituales, hablamos, pensamos, escribimos, hacemos varias cosas a la vez, nos movemos en una espiral emancipadora que poco tiene que ver con la confirmación de un mundo firmado por “cada uno en su lugar” proprio de la desigualdad.

Quizás se podría pensar en una desigualdad estructural, en la que no podemos nos mover de nuestros lugares porque estos están tan entretejidos y asimilados con las diferencias de nuestra cultura, que se perpetúan en una invisibilidad silenciosa. Cuando somos sacados de nuestra posición habitual, nos preguntamos en qué lugar estamos y en qué lugar está realmente el otro.

Desafortunadamente, los liderazgos y valores políticos de nuestra cultura han sido reemplazados por liderazgos y valores capitalistas salvajes, que determinaron en todos nosotros actitudes y valores basados en apariencias engañosas de éxito, pero que impregnan nuestra realidad cotidiana y determinan casi conscientemente un rechazo en compartir con el humano desigual.

Este sería el gran desafío a romper en el futuro para salir del encierro y abrir nuevas posibilidades de intercambio y aprendizaje.

Traducción: Ernani Ssó

**Referencia**

Rancière, J. (2014). *El reparto de lo sensible – estética y política*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

1. \* Membro Associado da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre – SPPA. [↑](#footnote-ref-1)
2. \*\* Membro Graduado do Instituto de Psicanálise da SPPA. [↑](#footnote-ref-2)
3. \*\*\* Membro Efetivo da SPPA. [↑](#footnote-ref-3)